

Ahogo.

Jesus Antonio Hernandez Reyes

Image not found.

# Capítulo 1

Ahogo

¿Qué vas a saber de locura, tú, que solo finges tenerla?  
¿Qué vas a saber tú de locura si crees serlo solo por fingir interés cuando te preguntan cómo está el clima o cómo le fue a tu equipo de fútbol?

¡No finjas más, por favor!

Eres un insulto para los que de verdad la tenemos. ¿Tú qué sabes de perderte en las noches sin moverte de tu cama, con más cansancio que sueño, con los párpados más pesados que dos bloques de concreto y, aun así, no poder cerrarlos? No porque no quieras, sino porque, al cerrarlos, empiezas a ver luces en la oscuridad que se transforman en imágenes que desfilan una tras otra, una tras otra... cosas que añoras, cosas que lastiman. La mayoría del tiempo lastiman, incluso esas que añoras. Y mientras tanto, una voz te susurra, incansable, incisiva:  
—¿Para qué seguir? Yo te enseño cómo terminar con esto.

¿Tú qué sabes de estar a las once de la mañana con más sueño que cansancio, obligado a trabajar para llevar el pan a casa, deseando solo estar en la cama? De tener que concentrarte, de evitar errores, de interactuar con otros como si nada pasara... mientras un frío sube por tu espalda y una presión te aplasta el pecho, haciéndote dudar si tu corazón podrá resistir. Mientras ignoras las manos invisibles que te jalan hacia el suelo. Mientras tus ojos adquieren autonomía y le entregan a tu mente imágenes que ya no puedes distinguir si son reales o no. Todo esto acompañado de una risa, una risa que no sabes de dónde salió, y las palomas...

Las palomas te miran. Y juras que saben algo que tú no.

La locura no es un juego ni algo para tomar a la ligera. No es "creer" escuchar voces.

Es escucharlas.

Es fingir ser normal cada segundo, para no quedarte solo... porque, en la soledad, ¿realmente estás solo?

Al principio, sí. Lo recuerdo. Pero después vas cayendo, cada vez más profundo, en un abismo cuyo fondo parece no llegar. Bajé... bajé tanto, que sentí un calor abrasador, no por fuera, sino por dentro, como si los pulmones quisieran estallar.

Y entonces, ahí, escuché una voz:

—Toma agua, para calmar el calor.

Volteé.

Y me encontré con una figura oscura, con apenas dos círculos cóncavos por ojos, intentando desesperadamente parecer humana. Juega con tu miedo, te arrincona hasta que no tienes otra opción que aceptar su cuidado.

Noble, dice. Te ofrece refugio, frescura, paz... a cambio de que no te levantes de su regazo.  
Curioso... ¿no?

La locura no es falta de voluntad ni inmadurez. No es querer ser diferente.

Es ser diferente.

No es fumar marihuana y ponerse paranoico, no es emborracharse y volverse romántico, no es drogarse y desconectarse.

Es un vaivén constante entre dudar de qué es real y qué no.

Entre confiar o desconfiar.

Es lidiar con esa voz que te hace dudar hasta de las palabras más puras que alguien te brinda con amor, solo para después arruinarlo y no saber cómo pedir perdón.

Y, aun así, a veces, la locura también es aceptar el amor.

Alejarse de esa figura oscura, dejarla atrás para poder estar con ella: la mujer que amas.

Dejar de fingir y empezar a ser "normal."

Al menos hasta que, tarde o temprano, esa maldita vuelva a reclamar su lugar.

Maldita, porque te deja escalar el abismo, solo para arrastrarte de nuevo hacia abajo.

Y en la caída, quedan las marcas de tus uñas grabadas en la tierra...

Huella de una resistencia que no fue suficiente para aferrarte a la superficie.

Y llega la noche.

Duermes en paz, con ella, hasta que la locura despierta antes que tú.

Un frío trepa por tu espalda hasta la nuca.

La presión en el pecho regresa.

El sueño huye por la oreja.

Bajas las escaleras.

Una vuelta tras otra.

De la sala a la cocina, y otra vez, y otra vez, perdido en tus pensamientos, dudando de qué es real y qué no.

Ella te ve bajar. Preocupada.

Ya no eres la persona que conoció.

—¿Estás bien? —te pregunta, con miedo.

Pero tu lengua parece devorada por ratones. No logras hablar.

La desesperación aumenta.

Todo se derrumba.  
La locura queda expuesta.

Te pregunta de nuevo, una vez más:  
—Amor, ¿qué está pasando?

Por fin, en un breve momento de lucidez, donde todo se aclara por un segundo, logras articular unas pocas palabras, apenas un hilo de voz:

—Me estoy ahogando, amor... siento que me estoy ahogando.